

La inspiración de Calderón

Virginia LLERA RIVERA

Venga Calderón, venga, un poquito más, que ya queda menos... Yo no podía más, es que no me quedaban fuerzas. Cierra, cierra la ventana por lo que más quieras que me estoy helando. ¿Qué?, ¿tienes frío? Anda ven, caliéntate aquí las manos. ¿Qué harías tú sin mí? De no llegar a estar yo aquí, ni sueños ni obra. No deberías quedarte hasta tan tarde, que luego seguro que resulta una birria. A ver, que me asome un poquito... *que los sueños, sueños serán...* no, lo tachas... *sueños son*. ¡Qué bonito! Si tu madre te viera Calderón lo bien que escribes ahora y todo lo que llorabas de pequeño... ¡Quién lo iba a decir! Bueno, ya sabes que yo estoy aquí para iluminarte. Y todo lo que necesites en tu camino, yo intentaré proporcionártelo; pero ahora descansa, que te espera una semana muy dura.

No vale la pena ahora pararme a contar cómo Calderón terminó su obra, a la que tituló "La Vida es Sueño". Nunca llegué a leerla entera, aunque me la sabía prácticamente de memoria. De no haber sido por mí, causa de su inspiración, me temo que la obra poco habría triunfado. Muchas noches nos quedamos juntos los dos repasando una y otra vez los sonetos, que a mis oídos daban mil vueltas a tantos y tantos otros poemas que había leído en el estudio de mi amo. Y eran autores, además, conocidos y grandes amigos de mi Calderón. Pero debo admitir que pocos le llegaban a la suela del zapato. Su última obra era la mejor, la que superaba a todas. ¡Bravo, bravo Calderón! Lo que no llego a entender es por qué él no me mencionó como colaborador o simplemente no me incluyó en la dedicatoria. Por lo menos tuvo la delicadeza de guardarme un papelito en la obra el día del estreno, aunque fue sólo el día del estreno; pero bueno, un actor siempre comienza con papeles pobres.

Tengo entendido que la obra fue un éxito, y que ha triunfado allende nuestras fronteras, incluso. Pero Calderón me dejó olvidado en un rincón de su hogar junto con todo aquello que le había inspirado para su obra, y llamó a aquel rincón "mi inspiración para la Vida es Sueño"; cerró la puerta y no volvió a aparecer, jamás le volví a ver. Me mantuve despierto durante unas horas

pensativo: y ahora... ¿qué voy a hacer? ¿de qué me vale la pena vivir? Yo, aquí, solo, sin mi compañero de aventuras... ¿Quién, a partir de ahora, ocupará mi puesto? ¿Quién es mi sustituto? ¿Te inspira mejor que yo, Calderón? Mi vida está vacía sin ti, ¿y la tuya?...¿No me echas ya de menos? ¿No tienes sentimientos?... La amargura me come a pasos agigantados. No me dejes aquí olvidado como si fuera parte del recuerdo, ¡tu y yo somos uña y carne! ¿No te das cuenta Calderón? ¡¿Calderón?! No me olvides, por favor, llévame contigo, compañero, que el éxito nos arrastre a los dos, pero aquí solo no me dejes que desvanezco, no dejes que me como el polvo. Pero ¡¿Por qué me dejas ahora, justo ahora?! Me abres tus brazos y me cierras la puerta. ¡Átame si quieres! ¿Pretendes que corra tras de ti? Ya sabes que no puedo. Falso amigo. ¿Te crees con dominio para arruinar mi vida? No pretendas que me olvide de ti, ya sabes que no puedo. De la noche a la mañana te has convertido de la aurora que golpeaba en mi ventana, en el ogro que atormenta mis sueños. No te das cuenta ¿verdad? ¿Es que no te das cuenta que si no estoy a tu lado me siento inseguro? Pero a ti eso te da igual. Te llevas tu pluma y tu tinta, a ellas nunca las abandonarás, seguro. Pero, ¿para qué me sirve gritar libertad si tú ya te has ido? Si rara vez me escuchas. Anda, corre, vuela, busca fortuna, que te la mereces, yo lloraré por ti aquí, en este rincón.

Un dulce y a la vez violento sueño me llevó consigo a lo más profundo de lo profundo, incapacitando el poder oír lo que sucedía a mi alrededor y ver aquella habitación en la que Calderón me había olvidado. Mis párpados quedaron pegados como la tinta se adhiere al papel, y no los pude abrir.

La puerta se abrió de repente, bruscamente. Un hombre de mediana edad, de constitución fuerte, había abierto de una patada la puerta que tantos años había permanecido cerrada. Tras él apareció una figura menuda, encorvada, que medía la mitad que el fortachón que había abierto la puerta, y contaba casi más años que los de Matusalén. Abrí lentamente un ojo para no ser descubierto. El viejo rió, pero el volumen alcanzado fue ínfimo. Suerte que yo aún conservaba un buen oído. '*Perfecto, perfecto...*' dijo el viejo en voz baja, y desapareció. Cuatro hombres cogieron todo lo que conservaba el viejo rincón y nos trasladaron a un teatro (lo sé porque vi *Teatro de la Comedia* desde la cesta que nos transportaba). Aún no comprendo cómo llegamos hasta allí. Habíamos sido llevados por una máquina cuyo funcionamiento no llegaba a entender. Era inmensa y hacía un ruido espantoso. Gracias a un grito de los lacayos que lo conducían logré oír que se trataba de un tal "camión", cosa extraña que en mi pasado no osaba darse. Aquella enorme ciudad que se abría ante nosotros, ¿sería

mi Madrid natal? De todos modos, toda aquella zona me era desconocida. Nos metieron a mí y a mis compañeros en aquel teatro. De pronto, algo me sorprendió sobremedera. De entre el mimbre de la cesta alcancé a ver un gran cartel con letras doradas. Me saltaron las lágrimas, porque allí grabado se leía: "*La Vida es Sueño*" de Calderón de la Barca. ¡Ay! Podré ver por última vez a mi viejo amigo. ¡No me había abandonado!

Aquellos hombres me sacaron de la cesta y me dejaron sobre una gran mesa repleta de objetos. Uno de ellos dejó caer sobre mi lado un pliego impreso como los que a veces solía leer Calderón, pero éste era de mayores dimensiones. Estiré un poco el cuello para ver de qué fecha databa: veinti... veintitr... ¡veintitrés! de... de... Dici.. ¡Diciembre! ¡vaya! menuda falta de práctica ¿quién lo diría? y eso que sólo han pasado unos meses. Pero, ¡ay! me olvidaba de un detalle: el año. Eso era más fácil, a ver... 1667, no había pasado mucho tiempo, no. Pero, un momento, lo estaba olvidando... ¡estaba al revés! ¡Oh! ¡Dios mío! Era el año 1997. Habían pasado más de tres siglos desde que Calderón me abandonó. Y ahora, yo, estaba dejado en la mano del destino. Él estaría más que muerto, y yo, aquí solo. Nunca llegué a pensar que me había abandonado de verdad, pensé que era sólo por unas horas, no por toda una vida. ¿Qué van a hacer conmigo?...¿Eh?... ¿Adónde me lleváis caballero?... Uno de los lacayos me cogió y me llevó junto al hombre viejo que había visto en casa. '*Sí, perfecto, aquí estará bien, nos vas a ser de gran ayuda?* Vaya, hacía tiempo que nadie me decía lo mismo. Lo cierto es que me reconfortó el oír que alguien me necesitaba, me volví a sentir útil. De repente otro joven me agarró y me dijo: *Creo que tenemos un par de escenas juntos... Espero que te sepas bien tu papel...* Rió y se marchó. ¿Mi papel? ¿Qué papel? A saber qué quieres hacer conmigo, desgraciado. El único papel que tuve fue en la obra de *mi* don Pedro Calderón de la Barca en la *Vida es Sueño* y *nadie* me lo quita. Además, no pienso interpretar ningún otro papel que no sea el que Calderón escribió para mí.

Llegó la noche, y uno de los lacayos me cogió y me llevó hasta el escenario. No puede ver nada porque una gran tela roja aterciopelada tapaba al público. ¿Qué demonios estaba haciendo yo en un sitio como éste, una noche como ésta? ¿Quién había osado despertarme de mi sueño? O quizás, ¿aún estaba yo soñando? ¿Sería esta escena parte de ese sueño embriagador que me llevó cuando Pedro me abandonó? Sería eso lo más probable, pero todo era tan real: las personas, la ciudad, hasta el escenario estaba frío y duro. En fin, era un difícil reto al que debía enfrentarme. Ahora o nunca. Huir es de cobardes.

Aceptaría la verdad fuera la que fuera. Sueño o realidad.

Se abrió el telón y temblé por un instante. Esa escena me resultaba familiar. Los personajes desfilaron a mi alrededor. Sí, sí, ella, ella, ella era Rosaura, ¡oh! qué bella estaba, y Clarín. Eran los personajes, pero en actores de otra época. Eran *nuestros* personajes, los que *ambos* habíamos creado, aquellos que nos dieron tantos quebraderos de cabeza, aquellos versos que salían de sus bocas, aquellos de los que yo era la inspiración, poesía convertida en belleza. Y eran *nuestros*, los que el público aclamaba. Y yo, aún vivía para verlo. Esa noche que ambos nos quedamos trabajando porque no sabíamos bien qué podría decir Segismundo en esa situación. Ahora lo veía claro. Yo, también como él, había sufrido el cautiverio. Me había sentido solo. Había estado hablando conmigo mismo para no sentir la soledad en la que Calderón me había dejado. Yo también era Segismundo y comprendí todo lo que estaba diciendo. Ojalá tuviera cuerpo para expresar mi dolor, y boca para decir lo que siento. Pero no podía. Él confundía su vida con un sueño igual que yo momentos antes. Segismundo me agarró mientras recitaba el monólogo que Calderón escribió. De pronto, sentí un pinchazo en el corazón que me nubló la vista ¿había llegado mi hora? Miré hacia el público, lágrimas recorrían los rostros de la gente, emoción se crispaba en sus expresiones, la obra estaba gustando, lo estaban sintiendo igual que yo, aunque poco me quedaba por sentir. Debo admitir que a mí también me saltaron las lágrimas, y mientras sentía aquel punzón en el pecho comprendí que mi única función en ese momento era iluminar el semblante de aquel actor, iluminarle como jamás lo había hecho nadie, porque estaba recitando algo que *yo*, personalmente, había compartido con un amigo, y era digno de respetar, y yo, me sentí orgulloso de él. Saqué fuerzas desde lo más profundo de mi ser para lucir, para que mi llama siguiera iluminando hasta que acabara la obra. Y lo logré, di mi último suspiro y se corrió el telón. Y mi última llama se consumió, no quedó nada. Yo, que tantas veces me había quedado despierto alumbrando, me consumí.

Pero no me abandonaron como lo había hecho Calderón después del estreno, me llevaron a una vitrina en la que guardo protagonismo junto a otro grupo de objetos que también participaron en la inspiración de Calderón. Aunque sigo pensando que no hay mejor colaboración que la de un modesto farolillo.